ALMA DE LA CIUDAD

(Cuento)

EL ruido atropellaba a la música. La música estaba allí, en su cerebro. Mejor, en el fondo de su cerebro, pugnando por salir, por formarse, por tomar organización y contextura armónica. El ruido, fuera. En el patio, con el que comunicaba la habitación del cuarto.

Golpes de origen indefinido. Gritos de niños. La reprensión o jubiloso arrebato de la madre. Canciones mal entonadas. Retintín o sordas trepidaciones surgidas desde el chapista de abajo. Y las radios. Sobre todo, las radios, entremezclando sinfonías y voces, extraños efectos sonoros—vientos, campanas, ruido de cascos o armas, zumbar de motores, tiros de pistola, gotas de lluvia, pruebas atómicas...—, y de nuevo las melodías, pugnando unas sobre otras, chocando, gritando a todo volumen con voces turbias, resonando en cajas mal encoladas o vibrantes y defectuosos altavoces.

Todo se mezclaba y ascendía por el estrecho patio como un humo ruidoso, un vapor sonoro en el que flotaban las pavesas de las más agudas estridencias.

La música que se formaba y desprendía de un cerebro iba brotando a pesar del ruido. En los pentágramas vírgenes una mano iba posando puntos negros que un trazo nervioso convertía en tercios, sextos, octavos de medida. A una frase seguía otra, y todas caminaban enlazándose en torno a un motivo central.

El joven compositor descansó en su trabajo. Se echó hacia atrás. Volvió a leer su propia obra, que una voz silenciosa le cantaba, complacida, en el interior de sí mismo. Satisfecho, y un tanto extrañado al mismo tiempo. ¿Qué era aquello? ¿Cómo había nacido, a pesar de él, aquella unión de disonancias, aquel armonioso desfile de sonidos contrarios, aquel desafío a las reglas establecidas?

Comprendió: el patio. Había sido el patio. Era el encuentro de sonidos, la extraña sincopación casual y también la conciencia de una razón, la aprehensión de aquella especie de vaho que ascendía desde el patio, desde aquella casa, desde tantos patios, desde tantas casas.

Era como el alma de la ciudad—sí, alma en un principio era algo

así como soplo, como aliento que se desprende, como pequeña cosa que vuela—. Saber el origen de su inspiración le dió ánimos para continuar. Trabajó con ansia hasta llegar a las frases finales, en que la tónica del principio se recogía suavizando el febril choque de pasajes anteriores. Después, aquella partitura descansó meses. Volvió sobre ella, limpió, retocó, modificó...

HABÍA pasado algún tiempo. Ya no vivía en aquella casa, en la habitación asomada al estrecho patio. Más aún: vivía en otro país. Entre los papeles que le acompañaron en su traslado estaban los cuatro tiempos de la sinfonía Alma de la ciudad. *En ellos se guardaba, hasta el momento en que los pusiera en libertad el director de orquesta, el despertar de la mañana, los primeros ruidos en el patio, luces claras, golpes metálicos, la voz de la muchacha que canta a toda voz repitiendo un estribillo con exasperante insistencia, desvanecido o serpeante de nuevo entre las sincopadas discordancias que brotaban del conjunto, para surgir de nuevo, ya melancólico y dulce en los últimos compases, cuando las notas se encaminaban a la busca de la tónica inicial.*

Fué un éxito extraordinario. De una a otra ciudad de Europa saltó la sinfonía. La acogía con igual aplauso el fervor del melómano y el indolente oído del gran público.

Y aprovechó el estreno en su ciudad para volver a ella. Y quiso ver de nuevo su antigua habitación. Y se asomó al patio. Apenas un segundo. Retrocedió, como ante un vértigo. Las radios continuaban su pugna. Y de una de ellas, adelantándose gracias a una grabación, brotaba su sinfonía. Desgarrada de sonido, con los violines chirriantes y grimosos, desapareciendo en los solos, atronando en los bajos, entrecortada por torbellinos de silbidos en busca de onda, con un estribillo cantado en voz fuerte por una muchacha, que trataba de superponerse al de la sinfonía. Su partitura sólo era reconocible como el rasgo que sobrevive en una carroña tras una deformación cancerosa. Retrocedió. Burlona, sarcástica, demoníaca, el alma de la ciudad le atronaba con la deformación de su música. No le agradecía su obra. La aprovechaba para tirarle a la cara todo lo que había intentado sublimar y engrandecer; deshacía en estridores y desacordes todo lo que había armonizado. Sintió una sensación como de inutilidad, de no haber hecho nada.

Dirigió su sinfonía en el estreno. Y lo inexplicable. El éxito de todas partes fué allí un rotundo fracaso.

JORGE CAMPOS